

**El delirio de interpretación de Jean-Jacques Rousseau: el caso  
por  
Paul Sérieux y Joseph Capgras**

*José Luis González*

Presentación

En este trabajo presentamos un extracto de *El Delirio de Interpretación de Jean-Jacques Rousseau (1909) de Paul Sérieux y Joseph Capgras*<sup>i</sup> publicado en la Revista española *Frenia*, Vol. IX-2009, 141-164.

Dicha publicación reproduce la traducción y notas de Ramón Esteban Arnáiz, páginas 134-156, de la edición española de *Las locuras razonantes. El delirio de interpretación* (Madrid, Ergon, 2007) al cuidado de José María Álvarez, Fernando Colina y Ramón Esteban.

La obra de Sérieux y Capgras sobre las locuras razonantes es considerada uno de los grandes hitos de la psicopatología psiquiátrica en la que luce la observación fina y detallista sobre lo que experimenta el paranoico. El trabajo patobiográfico sobre Rousseau había sido ya abordado por otros psiquiatras (Régis, Möbius, Brédif, Lemaître); Sérieux y Capgras lo hacen para ilustrar la *variedad resignada* del delirio de interpretación.

Para una lectura ampliada y más articulada del “caso” Rousseau compuesto por Sérieux y Capgras incluimos en primer lugar un recorte biográfico de Jean-Jacques Rousseau, luego el extracto del texto y, a continuación, un pequeño apartado sobre el delirio de interpretación tratado de manera muy sucinta. Finalmente, unos datos biográficos de los autores.

**SOBRE JEAN-JACQUES ROUSSEAU<sup>ii</sup>**

Nació en Ginebra, Suiza, el 28 de junio de 1712 y murió en Ermenonville, Francia, el 2 de julio de 1778. Fue escritor, filósofo y músico. Su madre muere a consecuencia de complicaciones en el parto, por lo que se cría hasta los diez años con su padre y su tía; luego éste último tiene que abandonar Ginebra y pasa a la tutela de su tío, quien lo envía al campo como pupilo con el pastor calvinista Lambercier por el término de dos años. A su regreso en 1725 trabaja como aprendiz de relojero con un maestro grabador. No concluyó el aprendizaje pero con esto se las arregla para vivir por un tiempo.

A 16 años (1728) abandona su ciudad natal. Tras un tiempo peregrinando, se estableció en Annecy, lugar donde es tutelado por una dama ilustrada que lo ayudó en la educación e influyó en su afición por la música. Entra en relación con Fontenelle y Diderot entre otros. En su carácter de "paseante solitario" ejerció de periodista.

En 1745, con 33 años, vuelve a París, donde inicia una relación sentimental con Thérèse Levasseur y contacta con Voltaire, D'Alembert, Rameau y, de nuevo, con Diderot. Es en esta época cuando escribe sus obras más reconocidas.

Cuando la Academia Francesa, en 1750, propuso el dilema *¿Contribuyen las artes y las ciencias a corromper al individuo?*, Rousseau gana respondiendo que sí en el *Discurso sobre las ciencias y las artes* (1750). En su opinión, las artes y ciencias no solamente no han depurado las costumbres, sino que las han corrompido. Misma tesis sostiene en su *Discurso sobre los orígenes y fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1758). Con el *Discurso sobre las artes...* se hace conocido y sumamente popular. Empieza a asistir a salones parisinos, critica a la música francesa en la *Querelle des Buffons* con el apoyo de los enciclopedistas y su por aquel entonces íntimo amigo Frédéric-Melchior Grimm.

Las ideas políticas de Rousseau han influido en gran medida el desarrollo de las teorías republicanas y del nacionalismo. Su doctrina tuvo un enorme peso en la configuración de los Estados occidentales modernos, siendo en este campo su obra más conocida *El contrato social o principios de derecho político* (1762). Esta tuvo una enorme gravitación en la Revolución francesa, que adoptó el lema "Igualdad, Libertad, Fraternidad" y que intentó en diversas ocasiones, particularmente en la Constitución de 1793, copiar las líneas esenciales de *El Contrato*. En este mismo rango participa su *El Emilio o la educación*, también de 1762.

Rousseau presenta al hombre de la cultura como el producto de sucesivas impurezas adheridas al hombre natural. En este se manifiesta de manera clara la bondad originaria del sentimiento y la relación directa con la Naturaleza. No se trata de una existencia perfecta anterior, no predica la vuelta al hombre natural. Con lo propuesto en el *Contrato* y en el *Emilio* se puede llegar al punto de referencia de la pureza del hombre natural con la supresión de la maldad acumulada por la cultura artificiosa y por la desigualdad humana. Se lo hace por el desarrollo de las fuerzas naturalmente buenas del hombre, expresadas en sus sentimientos puros, con vistas a la formación de un nuevo estado social. Las pasiones y egoísmos quedan obviados mediante el *contrato social*, por el que se desvincula voluntariamente del individualismo para someterse por consentimiento libre a la obediencia a las leyes determinadas por una voluntad general.

No obstante, en el momento en que estas obras se publicaron, lo hacen tremendamente impopular, hasta el punto que es desterrado de Francia; marcha a Suiza, donde es acogido como protegido de Lord Keith, pero su casa en Môtiers es apedreada por una turba furiosa en 1765.

Las exigencias de sus amigos y sus opiniones lo distancian de ellos. Rousseau se siente traicionado y atacado, se va Inglaterra donde su amigo Hume lo acoge junto a Thérèse, retirados en el campo durante dos años (1765-1767) debido a la opinión que la mayoría de ingleses tenían de él: un loco, malo y peligroso hombre que vive en pecado con Thérèse.

En 1767, con 55 años, volvió a Francia con un nombre falso. Allí se casó con su amada Thérèse un año más tarde. En 1770 se le permitió regresar oficialmente con la condición de que no publicase nada más.

Hacia el final de su vida se dedica a la producción autobiográfica, escribe los más destacados, *Confesiones* y *Divagaciones de un paseante solitario*, ambas publicadas póstumamente en 1782 y la segunda parte de las *Confesiones* en 1789.

### EXTRACTO DEL TRABAJO DE SÉRIEUX Y CAPGRAS<sup>iii</sup>

Jean-Jacques Rousseau puede ser citado como ejemplo de la variedad resignada [del delirio de interpretación]: las ideas de persecución que se desarrollaron entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años, y que duraron hasta su muerte, a los sesenta y seis años de edad, procedían en efecto de un delirio de interpretación; presentó todos sus síntomas: multiplicidad de las interpretaciones, verosímiles al principio, fantásticas al final; ausencia de síntomas sensoriales; evolución progresiva (parte de la enemistad real de los enciclopedistas, pero llega poco a poco a la convicción de que hay una liga universal actuando en su contra); mantenimiento incólume de las dotes intelectuales (algunas de sus obras maestras datan del periodo inicial de la psicosis, y otras del terminal). Pero este delirio jamás se acompañó de reacciones agresivas: la huida, la búsqueda de la soledad fueron sus medios habituales de defensa; sólo protestaba mediante cartas, a veces muy mordaces, o también con «circulares breves» contra las acusaciones de las que se creía objeto. Para justificarse escribió las *Confesiones*.

Tuvo, esporádicamente, paroxismos de agitación e ideas de suicidio; terminó en un estado de completa resignación, desesperanzado incluso respecto al juicio que mereciera de la posteridad. Estas características han llevado a Régis —que las ha analizado con gran agudeza— a considerar a Rousseau como un perseguido melancólico; pero hay que resaltar que Jean-Jacques no tenía ninguno de los síntomas esenciales de los melancólicos, mientras que encontramos en su caso todos los de los interpretadores resignados.

Rousseau ofrecía un terreno propicio a la eclosión de un delirio de interpretación, que se vio favorecido además por numerosas causas ocasionales. Su constitución, netamente psicopática, fue el factor fundamental. Dejemos a un lado todo lo relativo a su desequilibrio constitucional y reseñemos solamente su inestabilidad, su «pasión furiosa por los viajes», sus tendencias hipocondríacas, sus anomalías sexuales, sus síntomas psicasténicos, su timidez patológica, sus tendencias a los escrúpulos y a la mitomanía. Insistamos sobre todo en su sensibilidad enfermiza. Rousseau se define a sí mismo como «un alma inerte, que se asusta ante cualquier preocupación, un temperamento bilioso, con facilidad para alterarse y excesivamente sensible ante todo lo que le concierne... «Dos cosas casi irreconciliables se unen en mí: un temperamento muy ardiente, pasiones vivas e impetuosas, y, por el otro lado, ideas que nacen muy lentamente, confusas y que sólo surgen a posteriori. Se diría que mi corazón y mi cabeza no pertenecen al mismo individuo. El sentimiento, más rápido que el relámpago, viene pronto a llenar mi alma; pero en lugar de iluminarme, me abrasa, me ciega. Lo siento todo pero no veo nada». Hablando de «la bilis negra que roe su corazón», dice que «esa agitación tiene su punto de partida en una imaginación desmesurada, presta a espantarse por cualquier cosa, y a llevarlo todo hasta sus extremos».

Sus comentaristas señalan en él la estrecha subordinación del juicio a una sensibilidad enfermiza exclusiva del espíritu crítico. Pronto manifestó tendencias a la misantropía, la desconfianza y también al orgullo. «El orgullo es en Rousseau el virus inicial» (Brédif). A los veinte años temía ser tomado por espía en Lausana. A los veintiocho escribió estos versos: «Mis penas son tantas como mis días, / A veces torpe, siempre perseguido». Marmontel<sup>iv</sup> nos le muestra a la edad de treinta y ocho años susceptible y desconfiado: «Su mirada huidiza observaba todo con sombría atención... era notorio su amor propio insatisfecho, irritable, fácil de ser herido». [...]

Hacia los cuarenta años de edad, algunas desgracias y algunas enemistades verdaderas, unidas a una vida presa siempre de la inquietud, hicieron sentir su influencia sobre un cerebro ya predispuesto. Humillaciones, injurias, calumnias, deshonras, nada se le ahorró a esta alma de hiperestésica sensibilidad, que «necesitaba amar y ser amado». De ahí, como él mismo dijo, «su humor agrio y tendente a la desconfianza y a la ofuscación debido a repetidas desgracias». Las quejas de Rousseau contra Grimm, Diderot, d'Holbach, Voltaire, d'Alembert, Hume, Choiseul, etc., no son infundadas: desvalorizado por unos, ridiculizado por otros, fue muy odiado y atacado. Esas persecuciones reales contribuyeron a exagerar sus tendencias a la interpretación y le llevaron a imaginar la existencia de un complot, de una liga universal. Expulsado de varios sitios por decreto o por la hostilidad de algunas personas, terminó por creerse permanentemente rodeado de trampas, y para escapar de ellas se convirtió en «viajero perpetuo», en perseguido migratorio.

El delirio de interpretación de Jean-Jacques se desarrolló muy lentamente y poco después de cumplir los cuarenta años. Como en todos estos pacientes, es difícil fijar con precisión la fecha de comienzo de sus trastornos psíquicos. En las *Confesiones* sitúa en el año 1752 —tenía entonces cuarenta— «el origen de la odiosa trama», a raíz de una «pequeña aunque memorable peripecia» que tuvo con Grimm<sup>v</sup>. Pero su convicción no llegó a formularse hasta tiempo después; no tenía entonces, al parecer, más que vagas inquietudes que hacían permanecer en su memoria ciertos incidentes cuya interpretación no cristalizó hasta más tarde. Declara, en efecto, que fue «volviendo a pensar después» en el hecho en cuestión cuando sacó en conclusión que Grimm «incubaba ya entonces, en el fondo de su corazón, el complot que después ejecutó con éxito prodigioso». Asimismo, en la época de la redacción del *Discurso sobre la Desigualdad* (1753; cuarenta y un años de edad), escribía: «No tenía aún ninguna sospecha del gran complot de Diderot y de Grimm; de lo contrario, fácilmente habría reconocido cómo el primero abusaba de mi confianza dando a mis escritos ese tono duro y ese aire sombrío que ya no tuvieron cuando dejó de dirigirme».

Sin embargo, algunas de las interpretaciones relacionadas más tarde con ese periodo ya fueron quizá intuitivas hacia 1753. Tras el éxito de *El adivino del pueblo* (octubre 1752),<sup>vi</sup> «ya no percibí ni en Grimm, ni en Diderot, ni en casi ninguno de los hombres de letras que conocía, esa cordialidad, esa franqueza, ese placer al verme que había creído encontrar en ellos hasta entonces. Cuando aparecía por casa del barón la conversación dejaba de ser general. Se formaban pequeños grupos, se pasaban cuchicheos al oído, y a mí me dejaban solo y sin saber con quien hablar».

Unas coincidencias sorprendentes le hacen preguntarse si no tendrían la intención de hacer correr el rumor de que él no era el autor de *El adivino*: en efecto, se había visto obligado por la insistencia del barón de Holbach<sup>vii</sup> a incluir en dicha ópera un divertimento tomado de los cuadernos de música de éste y que prometió no enseñar a nadie; pero un día, en casa de Grimm, Rousseau vio a mucha gente alrededor del clavecín, y estaban tocando precisamente ese fragmento; algún tiempo después vio el mismo cuaderno de Holbach en casa de Madame d'Épinay.<sup>viii</sup> Más adelante, efectivamente, le acusaron de plagio, asegura. Muy poco después publicó su *Carta sobre la música francesa* [1753], que «sublevó a toda la nación» contra él, desviando la atención de la gran querrela que se traían el Parlamento y el clero, de tal modo que «este folleto quizá impidió una revolución en el Estado».

Fue el uno de junio de 1754, a la edad de cuarenta y dos años, cuando no le quedó más remedio, dice Rousseau, que despojarse de su carácter confiado. Pero

«la manía suspicaz», las ideas de persecución y las falsas interpretaciones no comenzaron a ser permanentes hasta la edad de cuarenta y cinco años, durante su estancia en el *ermitage* entre 1756 y 1758, «época de su vida cuya influencia posterior se extendió hasta el último de sus días»<sup>ix</sup>. Ocurren entonces sus primeras desavenencias con Grimm y Diderot; también entonces el Dr. Tronchin y Madame d'Épinay, bajo el auspicio de aquéllos, comenzaron «unas relaciones que pronto estrecharon a costa suya».

A partir de esa época, para sus amistades es evidente que está enfermo. Madame d'Épinay escribe a Grimm: «Su cerebro está en fermentación, está agitado, es muy desgraciado... acusa hasta a sus amigos... Por todas partes ve contrariedades, peligros, complots». Él mismo, en su *Correspondencia*, se lamenta de la tiranía y las intrigas con que le acorralan, del tono equívoco y sospechoso que emplean al hablar con él, de las cartas peligrosísimas y comprometedoras que le envían y en las que ostensiblemente le tienden trampas, y de que se está urdiendo sordamente alguna deshonestidad contra él; reprocha a madame d'Épinay que intenta reducirle a la esclavitud o hacerle un instrumento de sus secretas miras; Diderot le escribe una carta extravagante, le habla en tono imperioso y pedagógico; la frase de *El hijo natural* x: «Únicamente el malvado está solo», es una pérfida alusión contra la que protesta con todas sus fuerzas.

Asociado con Diderot y con el barón de Holbach, Grimm empezó en 1758 «levantando a mi alrededor un andamiaje de tinieblas que me fue imposible horadar para hacer caer la luz sobre sus maniobras y así poder desenmascararle... Noté los primeros efectos de ese procedimiento al percibir veladas acusaciones lanzadas desde la camarilla de Holbach [...]. Entreveía mil crueldades sin ver nada con claridad. Estaba en la posición más insoportable para el hombre cuya imaginación se inflama con facilidad». — «¡Por Dios bendito!, exclama, ¿acaso soy yo un criminal? ¡Un criminal yo! Bastante tarde lo he sabido. Y es el señor Grimm, es mi viejo amigo, él, que me debe todas las amistades que me ha ido arrebatando, es él quien ha hecho ese bonito descubrimiento y quien lo ha hecho público».

De 1758 a 1762, el delirio no progresa sensiblemente. Algunas personalidades van siendo incluidas: Marmontel se convierte en un enemigo «furioso e implacable». Es su más fecundo periodo de trabajo: la *Nueva Eloísa*, el *Contrato social*, el *Emilio*. En 1761 la impresión del *Emilio* fue momentáneamente suspendida. Atormentado por el retraso, Rousseau tuvo noticia de que un jesuita había hablado de esa novela. Enseguida se figuró que los jesuitas, pensando que moriría próximamente, querían retrasar hasta entonces la edición, con la intención de mutilar o de cambiar algo en dicha obra. Empero, no estando aún aniquilado su sentido crítico, tuvo en cuenta los razonamientos que le hizo Malesherbes y reconoció su error. Él mismo, en esta ocasión, da cuenta de la intensidad de sus tendencias interpretadoras: «Es sorprendente el cúmulo de hechos y circunstancias que llegaron en mi mente a calcarse sobre semejante locura dándole un aire de verosimilitud. Me quedo corto: a mostrarme la evidencia de todo ello y su demostración». Efectivamente, tuvo entonces una cierta conciencia de su estado. [...]

Las condenas del *Emilio* en París y en Ginebra, la expulsión de Jean-Jacques del territorio de Berna, fueron nuevos incitantes para su imaginación y su sensibilidad.[...] Tuvo entonces algunas ideas de suicidio. Esa misma fecha, 1762, en que «comienza la obra tenebrosa que le ha enterrado en vida», Rousseau, con cincuenta años de edad, emprende la redacción de las *Confesiones*, que preparaba desde un bienio antes. «Sabía —dice— que me pintaban en público con unos rasgos

tan deformes, que pese a lo malo de mí mismo que no quería silenciar, sólo podía salir ganando mostrándome tal como era». Al principio de su estancia en Motiers, su correspondencia contiene sobre todo respuestas elocuentes, ácidas o humorísticas a las canciones y libelos dirigidos contra él. Sin embargo, está muy inquieto: siente una sorda hostilidad alrededor suyo [...]. Pero está aún más obsesionado por sus preocupaciones hipocondríacas y sus molestias urinarias, que le hacen adoptar el modo de vestir armenio,<sup>xi</sup> creía que su muerte estaba próxima.

En 1765, una serie de acontecimientos se ceban en Jean-Jacques, a la edad de cincuenta y tres años, y refuerzan sus sospechas. Pierde muchos amigos, los chicuelos le insultan por las calles de Motiers, «unos asesinos» rompen a pedradas los cristales de su casa; «el cursi de Montmollin se erige abiertamente en capitán de los bandidos». Abandona Motiers y va a Neuchatel, después a la isla de Saint-Pierre, de donde le expulsan, a Bienne [Suiza], de donde también es expulsado; se dirige a Estrasburgo, después a París, y finalmente, en enero de 1766 acepta el ofrecimiento de Hume y parte hacia Inglaterra. Esta fecha, 1766, puede considerarse el comienzo del periodo de estado de su psicosis.<sup>xii</sup> A partir de entonces se organiza poco a poco un delirio retrospectivo; las interpretaciones se irán sucediendo, casi sin interrupción, hasta su muerte.

El 31 de marzo de 1776 escribe a monsieur d'Ivernois: «Os escribí anteayer, amigo mío, y esa misma tarde recibí vuestra carta del día 15. Había sido abierta y lacrada de nuevo. Me llegó a través de monsieur Hume... Varios hechos me llevan a sospechar de él, incluso el celo que muestra. Aún no he podido averiguar cuáles son sus intenciones, pero no puedo evitar el considerarlas siniestras...». «Nada más fantasioso, dice Jules Soury, que las quejas imaginarias de Jean-Jacques... Había que oír al propio Rousseau contar, con su admirable elocuencia, aquellas increíbles alucinaciones, fruto de la fiebre o del delirio». Helas aquí, tal como las enumera por primera vez el 9 de abril a la condesa de Boufflers.<sup>xiii</sup>

—Muy a mi pesar, señora, voy a afligir a vuestro buen corazón; pero es absolutamente necesario que conozcáis bien a este David Hume, a quien me habéis entregado creyendo procurarme un destino apacible.

—Desde nuestra llegada a Inglaterra, donde no conozco a nadie más que a él, alguien que está muy enterado de mis asuntos trabaja en secreto, pero sin descanso, para deshonorarme, y lo consigue con un éxito que me anonada. Todo lo que me acaba de ocurrir en Suiza ha sido deformado, mi último viaje a París y la acogida que seme dispensó han sido falseados. Se ha dado a entender que yo era habitualmente despreciado y criticado en Francia por mi mala conducta, y que principalmente por eso yo no me atrevía a entrar en ese país.[...]

—La corte y el público en general asimismo han cambiado rápidamente respecto a mí; y sobre todo las personas con las que más relación tiene monsieur Hume son las que se distinguen por su desprecio más ostensible...[...] [...]Además, estoy casi seguro de reconocer, por su tono rencoroso y despreciativo, a todas las personas con las que monsieur Hume acaba de tener una conversación; y le he visto cien veces, incluso en mi presencia, decir indirectamente las palabras que más podían indisponer contra mí a aquellos con quienes hablaba. [...] [...] oí durante la noche a David Hume exclamar varias veces a plena voz: « ¡Tengo a J.-J. Rousseau!», lo cual entonces sólo podía interpretar favorablemente; sin embargo, había en el tono un no sé qué alarmante y siniestro que jamás olvidaré. [...]

[...]Confieso que ese modo de recibir mi expansión sentimental me chocó más que todo lo restante. Partí al día siguiente hacia esta comarca, donde he recogido datos nuevos, he reflexionado sobre ellos, los he re combinado y he sacado conclusiones, a la espera de la muerte. —Tengo mis facultades en un estado de tal alteración que no me permite hablaros de otra cosa... [...]

[...]Convencido de que sus enemigos quieren impedirle toda comunicación con el continente y hacerle morir, acusando a uno de sus primos «de actuar secretamente al dictado de Hume, y de ser capaz de condenar su alma por el buen David», sospechando incluso de Teresa, Rousseau está en Wootton en alerta permanente hasta mayo de 1767. «Han desplegado una gran vigilancia dirigida hacia sus papeles (las Confesiones); es una de las principales razones por las que le tienen tan cuidadosamente controlado». Finalmente huye enloquecido, sin dinero, sin equipaje y equivocándose de dirección.

Llegado a Francia, como «temía que su nombre le siguiese la pista», Rousseau toma el de «monsieur Jacques». Acepta la invitación de monsieur de Mirabeau y va a Fleury-sous-Medoun, «a pesar del extraño tono y los singulares giros de las cartas que este señor le envió a Wootton»; pero dándose cuenta muy pronto de que «tratan de ocultarle todo lo que ocurre a su alrededor», abandona rápidamente ese refugio y va a instalarse en junio de 1767 a Trye, cerca de Gisors, en casa del príncipe de Conti, en el más estricto incógnito, a la espera de despistar a sus persecutores.

Toma el seudónimo de Renou y pide a quienes le escriben que no aparezca de ningún modo la palabra Rousseau en sus cartas. Pero «¿dónde no iban a estarle esperando sus enemigos?»: desde los primeros días de su llegada, «incitan contra él a toda la casa del príncipe, a los sacerdotes, a los campesinos, a toda la comarca»; le toman por un espía; pronto se ve «sumergido en mares de indignidades e iniquidades». Al morir súbitamente uno de los empleados del castillo, Rousseau suplica al príncipe de Conti que «le haga abrir» para prevenir que dirijan contra él cualquier sospecha.

Se imagina también que le acusan de haber querido envenenar a su amigo du Peyrou, que cayó enfermo estando en su casa. En ocasiones parece tener aún conciencia de su trastorno mental: «Empiezo a temer a veces, tras tantas desgracias reales, sentir otras imaginarias que puedan actuar sobre mi cerebro» (marzo de 1768). Pero las interpretaciones persisten sin menoscabo de su actividad. [...]

[...]El 3 de septiembre de 1768, refiere lo siguiente: «Habiendo estado enfermo y teniendo que detenerme aquí durante unos días en una posada, en lo más crudo de mis congojas me distraje escribiendo rápidamente unas líneas a lápiz en el dorso de la puerta, que luego olvidé borrar al dejar mi habitación para ocupar otra más grande, de dos camas, con mi mujer. Otros huéspedes malintencionados, a mi entender, encontraron esos garabatos, borraron algunas palabras y añadieron otras, y lo transcribieron para hacer qué sé yo que uso de ello. Os envío una copia exacta de dichas líneas, con el fin de que vuestros señores hermanos puedan y tengan a bien constatar las falsificaciones que pudiesen llegar a hacerse, y en caso de que se difundan.

*Sentimientos de la gente hacia mí, según los distintos estamentos que la componen*

«[...] Los magistrados me odian a causa del mal que me han hecho.»

«Los filósofos, a quienes he desenmascarado, quieren perderme a cualquier precio; y lo lograrán [...].»

«Los presbíteros, vendidos a los filósofos, me ladran para hacerles la corte.»

«Los espíritus elevados perciben mi superioridad y se vengan insultándome.»

«El pueblo, al que idolatré, sólo ve en mí a un carcamal anticuado y decrepito.»

«Las mujeres, engatusadas por esos dos fríos p..., que encima las desprecian, traicionan al hombre que mereció lo mejor de ellas [...].»

«Los escritores me plagian y abominan de mí, los bribones me maldicen y la canalla me abronca a gritos [...].»

«Voltaire, a quien quito el sueño, parodiará estas líneas. Sus groseras injurias son un homenaje que se ve forzado a hacerme a su pesar».

Perseguido en toda Europa, desearía acabar sus días en América o en las islas del Archipiélago, esperando que tengan a bien dejarle allí tranquilo, «cosa —añade— en la que creo haber concebido demasiadas ilusiones». Solicita un pasaporte pero le hacen esperar para tener tiempo de conspirar cómodamente. Por un momento se plantea si no haría bien volviendo a Inglaterra, «donde, por esta vez, no sería esperado». Duda enseguida si dirigirse a los montes Cevennes. Se queda finalmente en Bourgoin, en estado de inquietud casi perpetua, no olvidándose de sus desgracias salvo cuando salía a herborizar. Sus interpretaciones se hacen más activas cada día que pasa. [...]

[...] El 17 de febrero de 1770, a la edad de cincuenta y ocho años, escribió a Monsieur de Saint-Germain la elocuente carta de veinte páginas en la que desarrolla la sistematización de su delirio. Veamos algunos extractos: «Aunque mi agudeza, muy roma de nacimiento pero aguzada ahora a fuerza de ejercitarse entre tinieblas, me permita adivinar con bastante precisión multitud de cosas que se esfuerzan por ocultarme, este oscuro misterio sigue aún envuelto en un velo para mí impenetrable; pero a fuerza de indicios combinados y comparados, a fuerza de medias palabras cazadas al vuelo, a base de recuerdos borrados que vuelven a mí por casualidad, atribuyo a Grimm y a Diderot el ser los autores iniciales de toda la trama. Les he visto comenzar, hace más de dieciocho años, maniobras de las cuales nada comprendí pero que con certeza me parecieron encubrir algún misterio, por lo que no me inquieté demasiado porque, apreciándoles de todo corazón, creía que ellos me tendrían igual aprecio. ¿A qué han conducido aquellos tejemanejes?: ese es otro enigma no menos oscuro. Lo que muy razonablemente puedo suponer es que debieron componer algunos abominables escritos cuya autoría me atribuyeron. Y además, como no es muy natural que se hubiesen tomado por míos sólo por decirlo ellos, habrá sido preciso que hayan incluido cosas verosímiles, sin olvidarse de imitar el estilo y la letra [...] »Los holbachianos pusieron en marcha sus maquinaciones mediante d'Alembert [...] Es fácil imaginar cómo monsieur de Choiseul se asoció con la liga para este asunto en particular y cómo se hizo jefe del mismo, con lo que desde entonces su éxito se convirtió en algo indefectible, apoyado en maniobras subterráneas cuyo plan, probablemente, se debió a Grimm. Este complot pudo tramarse de otro modo; pero del siguiente modo es como los indicios, a mi entender, casan mejor. Antes de intentar cualquier cosa dirigida al público, era preciso alejarme previamente, sin lo cual el complot corría a cada instante el riesgo de ser descubierto, y su autor desenmascarado. El *Emilio* les proporcionó los medios, y fue todo dispuesto para asustarme mediante un decreto conminatorio, al que sin embargo nadie puso pegas hasta después de que yo hubiese tomado la decisión de salir huyendo [...] Parece que desde entonces el plan fue acordado entre madame de Bouffleurs y monsieur Hume para tenerme a su merced. [...]

[...] Por fin ese complot, dirigido con tanta habilidad y secreto, está en plena ejecución. ¿Qué estoy diciendo? Ya está consumado: heme aquí convertido en el desprecio, la risión y el horror de esta misma nación de la que, hace diez años, recibía estima, afabilidad y, me atrevería a decir, consideración; y este cambio prodigioso, aunque operado sobre un hombre del pueblo, será sin embargo la mayor obra realizada por el ministerio de monsieur de Choiseul [...] »Para saciar



mejor su sed de venganza, no ha querido ni mi muerte, que hubiese puesto fin a mis desgracias, ni mi cautiverio, que al menos me habría brindado reposo. Ha comprendido que para un alma valerosa y ardiente de amor por la gloria el mayor suplicio sería el desprecio y el oprobio, y que no habría para mí peor tormento que el de ser odiado; hacia ese doble objetivo dirigió su plan. [...]

[... ] Nada se ha omitido para llevar a cabo tan noble empresa: todo el poder de un gran reino, todos los talentos de un ministro intrigante, todas las astucias de sus satélites, toda la vigilancia de sus espías, la pluma de los escritores, la lengua de los demagogos, la captación de mis amistades, el apoyo a mis enemigos, las malignas investigaciones sobre mi vida para ensuciarla, sobre mis palabras para envenenarlas, sobre mis escritos para falsificarlos; el arte de la corrupción, tan al alcance del poderoso, el de hacerme odioso en todos los órdenes, el de calumniarme en todos los países [...] »En fin, nada se ha descuidado para desfigurarme en cualquier aspecto y hasta los extremos más inimaginables [...] Una vez llegados a este punto, el resto marcha por sí mismo y sin la menor dificultad. Los encargados de manipularme no encuentran ya obstáculos. Los enjambres de espías malevolentes y vigilantes de los que estoy rodeado saben cómo tienen que llevar el asunto. Si hay algo bueno, se guardarán de decirlo o se esmerarán en disfrazarlo; si hay algo malo, lo agravarán; si no lo hay, se lo inventarán. Pueden cargarme cualquier cosa a su gusto; no tienen miedo de encontrarse allí conmigo ni de que pudiese entonces desmentirles. Cada uno quiere tomar parte en la fiesta y presentar el ramillete más bonito. [...]

En julio de 1770 Rousseau deja el campo, donde «está completamente a merced de la gente que le manipula», y vuelve a París «para vivir al alcance de la vista de un magistrado íntegro y alerta» (monsieur de Sartine). Usa de nuevo su nombre auténtico. Durante los primeros meses le dejan tranquilo y empieza sus cartas con la divisa «*Post tenebras lux*».

Pero pronto vuelve a caer sobre él «el sombrío velo del inaudito complot por el que se ve envuelto». Da entonces lectura a sus *Confesiones* «para descubrir y desactivar la gran conspiración». Imaginando que sobre esta obra se ha desplegado una gran vigilancia con el fin de destruirla, permite a su auditorio enviar extractos a los periódicos. Distribuye entre diversas personas una circular en la que «declara que todos los libros antiguos o nuevos que se están imprimiendo o se imprimirán a partir de ahora con su nombre y sea donde sea, serán falsos o habrán sido alterados, mutilados y falsificados con la más cruel malignidad por sus perseguidores». A una condesa que solicita verle le responde: «Alguien que sólo tenga interés en ver al rinoceronte debe ir, si tal quiere, a la feria y no a mi casa; y toda la burlona cortesía con que se sazona esa insultante curiosidad no es más que otro ultraje añadido». Incluso desvirtúa el éxito de sus obras: el entusiasmo del público ante la reposición de *El adivino*... prueba que «esta pieza ha sido robada completamente por ese que se la atribuye». Está «encerrado en vida en un ataúd». Lamenta la muerte de Luís XV: los franceses tenían dos blancos para su odio y ahora lo van a concentrar sólo sobre él. «Para hablar de su destino haría falta un vocabulario completamente nuevo que sólo hubiese sido hecho para él». Los *Diálogos*, escritos de 1773 a 1777 (entre los sesenta y uno y los sesenta y cinco años de edad), especie de informe justificante, y que, por su belleza formal y la altura de sus ideas, testimonia que la potente inteligencia de Rousseau conserva su vigor, esos *Diálogos* están repletos de ideas delirantes, de interpretaciones extrañas numerosas veces repetidas [...]

[...]Mas delante habla Jean-Jacques acerca de cómo le miran en público. «Sólo el aire con que le miran cuando pasea por las calles ya muestra ostentosamente esa disposición que ocultan y disimulan a veces quienes se cruzan con él, pero que asoma y se hace notar mal que les pese. Por la oficiosidad grosera y fisgona al pararse a saludarle, por su modo de volverse, de mirarle fijamente, de seguirle, por el cuchicheo burlón que dirigen contra él junto a sus impúdicas miradas, menos se les tomaría por personas honestas que tuviesen la desdicha de toparse con un monstruo espantoso, que por un hatajo de bandidos, felices de tenerle a tiro, y que considerasen un entretenimiento digno de ellos burlarse de su desgracia» [...] «A fuerza de ultrajes sangrientos pero tácitos, a fuerza de impertinencias, de cuchicheos, de mofas, de miradas crueles y feroces o insultantes y burlonas, han conseguido echarle de toda reunión, de todo espectáculo, de los cafés, de los paseos públicos; su objetivo es echarle finalmente de las calles, encerrarle en casa, tenerle allí cercado por sus cómplices y hacerle al fin la vida tan dolorosa que no la pueda ya soportar».

Interpretaba los hechos más mínimos: «En cuanto se instala en cualquier lugar, lo que siempre conocen por adelantado, las paredes, los techos, los suelos, las cerraduras, todo se ha dispuesto a su alrededor con la finalidad que se han propuesto, y no se olvidan de proporcionarle un vecindario conveniente, es decir, de soplones venenosos, de hipócritas hábiles y de muchachas galantes con la lección bien aprendida. [...] Se toma nota de todos los que va a verle; para ello han puesto en la calle a un vendedor de cuadros, justo frente a su puerta, la cual además procuran siempre que esté cerrada para que quienes quieran entrar en casa de él se vean forzados a dirigirse a los vecinos, que tienen instrucciones y obedecen órdenes. [...] Si entra en un lugar público le miran y le tratan como a un apestado: todo el mundo le rodea y no le quita ojo pero apartándose de él y sin hablarle, sólo para ponerle una barrera; y si él se atreve a hablar y se dignan responderle, siempre es con mentiras o eludiendo sus preguntas con un tono tan rudo y despreciativo que pierde las ganas de hacerlas. [...]

Cuando Rousseau terminó los *Diálogos*, desconfiando de los libreros decidió depositar una copia en el altar de alguna iglesia. Para planear con detalle la ejecución de su propósito fue varias veces a ver la disposición del coro de Notre-Dame, después metió el manuscrito en un sobre y le puso una inscripción, «Confiado en depósito a la Providencia», y se fue a Notre-Dame. Allí se sorprendió mucho al encontrarse ante una verja en la que previamente no había reparado y que rodeaba el coro; la verja estaba cerrada. Al ver esto sintió como un vértigo: muy alterado, llegó a preguntarse si el mismo cielo no estaría participando en las iniquidades que contra él cometían los hombres. Recuperado de tal impresión, hizo una nueva copia de su manuscrito y lo llevó a un «hombre de letras» amigo suyo, después hizo una tercera copia para un inglés, pero no llegó a encontrar un depositario que no se convirtiese enseguida en sospechoso. Escribió entonces un folleto, *A todo francés que ame aún la justicia y la verdad*, hizo varias copias e intentó distribuirlo por calles y avenidas entre los desconocidos cuya fisonomía le pareció agradable, pero «casi nadie aceptó cogerlo».

En los últimos años de su vida la psicosis se atenúa, sin desaparecer, bajo la influencia de la involución senil. Régis ha puesto en evidencia con claridad las modificaciones aportadas al delirio por la arterioesclerosis: «En la auto-observación dejada por Rousseau a este respecto, dice Régis, tenemos el impresionante retrato de una fase de regresión morbosa del cerebro: «Mi imaginación, ya no tan viva, no se inflama como antaño ante la contemplación de los objetos que la estimulan, ya no me embriago tanto con el delirio de la ensoñación. Hay más de reminiscencia

que de creación en lo que ahora produce; una tibia languidez enerva todas mis facultades; el espíritu de la vida se va extinguiendo en mí gradualmente; mi alma ya sólo se lanza con muchas dificultades hacia afuera de su caduca envoltura, y sin la esperanza del estado al que aspiro porque me siento con derecho a ello, yo ya no viviría más que de recuerdos».

Pese a esa decadencia presenil, Rousseau escribe *Las ensoñaciones [del paseante solitario]*, «el más bello (con las *Confesiones*), el más original de sus libros». En él encontramos las mismas preocupaciones penosas y, aquí y allá, nuevas interpretaciones.

Durante sus paseos, le agradaba contemplar las labores de los campesinos, ver a las mujeres sentadas a la puerta con sus niños: «Ignoro, observa, si me han visto sensible a este pequeño placer y también han querido quitármelo; pero por el cambio que percibo en sus fisonomías, por la cara con que me miran, a la fuerza comprendo que alguien se ha ocupado cuidadosamente de privarme de ese incógnito». Un día se disponía a dirigir la palabra al padre de un niño con el cual había pasado un rato divertido haciéndole parlotear, cuando un hombre malencarado, uno de esos espías que llevaba sin cesar pegados a los talones, se le adelantó, [le dijo algo al oído] y en el acto el padre le dirigió una mirada muy poco amistosa. También unos mutilados, con quienes le gustaba charlar, «recibieron las instrucciones habituales»; dejaron de saludarle: «una expresión de rechazo y una mirada feroz sucedieron a su cortesía inicial [...] dando muestras del más violento odio».

Ahora Rousseau no conserva ninguna esperanza. Cuando escribió los *Diálogos* aún tenía fe en las generaciones futuras; hoy no tiene ya ilusiones. «Pasan muy pocos días —escribe— sin que nuevas reflexiones no me confirmen en qué error estaba al contar con recuperar al público aunque fuese en otra época, pues en lo que a mí respecta se verá influido por los guías que renuevan sin cesar las corporaciones que me han cogido aversión».

Jean-Jacques Rousseau muere a los sesenta y seis años recién cumplidos, sin duda a causa de un ictus apoplético. En la historia del delirio de Rousseau es posible distinguir tres periodos, sobre todo desde el punto de vista de las reacciones (variedad resignada). Tales reacciones, Jean-Jacques mismo lo dice, no son sino la manifestación de su carácter anterior, dulce y bueno. «Por poco que hubiese un germen de maldad en mi alma, la adversidad lo habría hecho fermentar hasta el exceso, me habría convertido en un loco frenético; y sin embargo, en cuanto a furor no soy nadie».

En el primer periodo, periodo de elaboración (1752-1766, de los cuarenta a los cincuenta y cuatro años de edad), Rousseau no puede reprimir «la ebullición de un corazón valeroso que se indigna». Sus contestaciones a sus enemigos, elocuentes y vigorosas, son acerbadas con frecuencia. No teme plantar cara a sus adversarios, reconoce incluso tener a veces accesos de furia: escupe sobre un mensaje de Voltaire y lo pisotea, rompe a mordiscos una carta de Diderot. Si nunca llega a ser agresivo en su conducta, sí lo es en sus palabras; al menor pretexto, trata a la gente de bandidos, bribones, bestias feroces. «Su fuerza no está en la acción sino en la resistencia». Sus enemigos «encontrarán la horma de su zapato». «Podrán hacer que me asesinen — dice en Motiers—, pero no me harán huir».

El segundo periodo se extiende de 1766 a 1770 (de los cincuenta y cuatro a los cincuenta y ocho años de edad); es el de la sistematización delirante. Su defensa ya no es tan aguerrida como en el periodo precedente; ahora se convierte en un perseguido migrador. Rousseau tiene miedo de sus enemigos; se han hecho muy poderosos y muy numerosos; a veces tiene crisis de terror, de pantofobia, pierde la esperanza de poder llegar a escapar de los enemigos que le acechan, se pregunta si no querrán inducirle al suicidio. Huye, vaga de un sitio a otro, y en todas partes se rodea de precauciones para hacer perder su rastro a quienes le persiguen. Si a ratos aún lanza algún ataque en su correspondencia, más a menudo, anonadado ante tantos crímenes como cree que le imputan, experimenta la necesidad de justificarse. Pero son vanos todos sus esfuerzos; el complot está demasiado bien urdido, y él termina por aceptar su suerte.

Se llega así al tercer periodo (1770 a 1778, de los cincuenta y ocho a los sesenta y seis). Rousseau ya sólo intenta defender su memoria, e incluso a eso renuncia al final. Ya no huye, se queda en París a merced de sus enemigos; no siente por ellos odio ni desprecio: no son nada ante sus ojos, «son habitantes de la luna». Es el periodo de irradiación del delirio: ya no sólo teme a los filósofos y a los magistrados sino también a los jesuitas, a los jansenistas, a los médicos, a la Congregación del Oratorio; la alianza en su contra se hace universal, se continúa generación tras generación. Es también el periodo de «la impasibilidad sublime», de la resignación. «Ceder en lo sucesivo ante mi destino, dejar a mis perseguidores disponer a su gusto de su presa, seguir siendo su juguete sin ninguna resistencia durante el resto de mis ancianos y tristes días, dejar en sus manos el honor de mi nombre y mi reputación en el futuro, si quiere el cielo que dispongan de ellos, sin importarme ya nada de lo que pueda ocurrir: esa es mi última resolución».

La enfermedad duró cerca de veinticinco años; se fundamenta exclusivamente sobre interpretaciones falsas; no se ven indicios de que haya habido fenómenos alucinatorios; la psicosis no ha conllevado deterioro intelectual.

## SOBRE EL DILIRIO DE INTERPRETACIÓN

La elaboración de Sérieux y Capgras sobre el delirio de interpretación tiene como antecedente la obra del maestro de ambos, otro ícono de la psiquiatría francesa, Valentín Magnan (1835-1916) quien estableció en 1892 del cuadro *Delirio crónico de evolución sistemática* (en colaboración con Sérieux), origen del interés por las locuras rasonantes. Junto con otros aportes, además de los de estos autores, ese cuadro de Magnan se irá desmembrando.

En las propias palabras de Sérieux y Capgras: *El delirio de interpretación se ve caracterizado por la existencia de dos órdenes de fenómenos aparentemente contradictorios: por un lado, trastornos delirantes manifiestos, por el otro, una sorprendente conservación de la actividad mental, en primer lugar síntomas positivos aportados por las concepciones e interpretaciones delirantes, en segundo lugar, síntomas negativos, a saber: integridad de las facultades intelectuales y la ausencia, o escasez, de alucinaciones.*<sup>xiv</sup>

Al respecto, Juan Carlos Stagnaro dice: *El cuadro descrito por Sérieux y Capgras es una psicosis sistematizada constitucional, caracterizada [...] por la multiplicidad y la organización de las interpretaciones delirantes, la ausencia de alucinaciones o trastornos psicosenoriales [...] y la incurabilidad con evolución progresiva de la interpretaciones, aunque sin evolución demencial. Los pacientes se mantiene lúcidos y*

*pueden vivir en sociedad largo tiempo pero con cierta frecuencia sufren hospitalización debido a problemas médico-legales originados en la peligrosidad por las reacciones violentas e impulsivas a las que los arrojan sus interpretaciones paranoicas.<sup>xv</sup>*

Conforme su doctrina de investigación y trabajo clínico, los autores describen síntomas, la génesis y las causas posibles del delirio de interpretación, así como establecen también distintas variedades. Entre ellas distinguen la variedad persecutoria y la resignada.

Esta última es el caso de J. J. Rousseau. Está en contraste con la primera, en la que sobresale su beligerancia y los problemas médico-legales por sus acciones contra los presuntos perseguidores que suelen motivar la internación. La *variante resignada* por el contrario, muestra un carácter pasivo por el que el sujeto se aísla, se resigna, huye de sus enemigos y, dicen (los autores) que por eso evitan terminar sus días encerrados.

## SOBRE PAUL SÉRIEUX Y JOSEPH CAPGRAS

Paul Sérieux (1864-1947), nacido en París, comenzó su formación en 1866 en los Asilos de Alienados del Departamento del Sena, terminó su carrera profesional en hospital Sainte-Anne. Alumno predilecto de Magnan, publicó textos en colaboración con él. El respeto por su maestro no le impidió apartarse de él para desarrollar sus propias ideas acerca de la demencia precoz de Kraepelin, cuya clasificación fue de los primeros en introducirla en Francia en 1900.

Joseph Capgras (1873-1950), nacido en Verdun-sur-Garonne, estudió la especialidad en el cuerpo de los asilos del Sena a partir de 1898. Fue médico jefe del Hospital Maison-Blanche y después en Sainte-Anne, donde ejerció hasta su jubilación. Discípulo de Magnan, Jaffroy y Sérieux. En 1927 fue nombrado Perito del Tribunal del Sena, donde redactó el artículo *Crímenes y delirios pasionales*. En 1923, en colaboración con C. Reboul-Lachaux formaliza el cuadro delirante “La ilusión de sosías en un delirio sistematizado crónico”, que quedó designado como *Síndrome de Capgras* (una suerte de agnosia de identificación de una persona conocida y se la confunde con un sosías).

Independientemente de los desarrollos individuales de cada uno, se considera que difícilmente pueda hallarse en la historia de la psiquiatría una colaboración tan fecunda como la surgida de estos dos autores en las dos primeras décadas del Siglo XX.<sup>xvi</sup>

---

## NOTAS

<sup>i</sup> SÉRIEUX, P., CAPGRAS, J. (1909), *Les folies raisonnantes. Le délire d'interprétation*, París, Félix Alcan, pp-180-206.

<sup>ii</sup> El perfil biográfico de Rousseau ha sido redactado sobre la base de FERRATER MORA, J. (1994), *Diccionario de Filosofía*, Barcelona, Ariel.; *Historia de la Filosofía* (1976), Vol. 6, México, Siglo XXI; y Soler, C. (2002): *Estudios sobre las psicosis*. Buenos Aires, Manantial.

<sup>iii</sup> Al reducir la versión original se han suprimido obviamente varias notas, otras han sido resumidas. Todas las notas del texto extractado pertenecen al también traductor, Ramón Esteban Arnáiz.

---

<sup>iv</sup> Jean-François MARMONTEL (1723-1799), jesuita protegido de Voltaire, trabajó todos los géneros literarios. Defendió arduosamente algunas ideas ilustradas, fundamentalmente el concepto de igualdad. Censuró algunos intelectuales que como Rousseau, eran incapaces de admitir la equidad entre los sexos masculino y femenino. Autor de la obra *Belisario*.

<sup>v</sup> Frédéric-Melchior, BARON DE GRIMM (1723-1807), célebre literato alemán, en París contrajo amistad con los enciclopedistas como Diderot. Presentado a Rousseau por Madame d'Espinay, protectora de éste, las relaciones amorosas que entre ambos se establecieron, fueron causa de su enemistad con el filósofo de Ginebra.

<sup>vi</sup> *Le devin du village* (1752). Se trata de una de las óperas compuestas por Rousseau (la otra, de 1745, *Las musas galantes*). Fue representada ante la corte de Luis XV, con tal éxito que el rey quiso otorgar una pensión al autor. Este la rechazó y se negó a ser presentado al monarca. Diderot criticó a Rousseau por esta actitud.

<sup>vii</sup> Paul-Henri DIETRICH, BARON DE HOLBACH (1723-1789), filósofo francés de origen alemán, vivió casi toda su vida en estrecho contacto con los mayores representantes de la Ilustración.

<sup>viii</sup> Louise-Florence D'ESPINAY (1726-1783), mujer distinguida, protectora de Rousseau, con el que terminó muy enemistada.

<sup>ix</sup> *Ermitage* significa literalmente “lugar donde vive un ermitaño”, pero se usaba en sentido figurado para designar casas de campo tranquilas y solitarias. El 9 de abril de 1756 Rousseau se instaló en un *ermitage* que poseía su amiga Madame d'Espinay en Montmorency. En marzo de 1757 comenzaron sus abiertas disputas con Diderot y los demás enciclopedistas. Esa misma primavera concibió una arrebataadora pasión por la condesa de Houdetot. En diciembre Madame d'Espinay lo expulsó del *ermitage* y se convirtió en su enemiga declarada en la realidad.

<sup>x</sup> *Le fils naturel*, obra de DIDEROT de 1757. Afirmaba en ella que el hombre de bien es sociable y que solo el malvado busca la soledad, simplificación que ofendió muchísimo al misántropo Rousseau.

<sup>xi</sup> En las *Confesiones* explica Rousseau que en aquella época tenía que recurrir a menudo a las sondas urinarias, rígidas entonces, y a la ropa armenia (camisola y dolman, así como gorro de piel) que le resultaba más cómoda. Viviendo solitario en una casa de campo, creía también estar a salvo de la extrañeza que la ropa hubiese causado en la ciudad.

<sup>xii</sup> [Nota de Sérieux y Capgras] Una observación de Rousseau dice que “su estúpida y ciega confianza, a pesar de que le trataban con unos modos idóneos para haberle sacado de su error, no cesó hasta su regreso a París en 1770”; dicha observación está en desacuerdo con la historia de la enfermedad, cuyo principio es anterior a 1770.

<sup>xiii</sup> Condesa de BOUFFLERS (1725-1800) – Marie-Charlotte Hippolyte de Campet de Saujon, casada con el marqués Édouard de Boufflers-Rouveret y amante de Luis-Francisco de Borbón. En su palacete del barrio Temple, en París, mantuvo un salón frecuentado por nobles, sabios y escritores, entre ellos Rousseau, su amiga la mariscal de Luxemburgo, David Hume, Wolfgang Amadeus Mozart, Frédéric-Melchior Grimm, Cabanis, D'Alambert, Talleyrand y otros.

<sup>xiv</sup> SERIEUX, P.; CAPGRAS, J. (2010): *Las locuras rasonantes* (1909). En *Alucinar y delirar. Tomo II*. Buenos Aires, Polemos.

<sup>xv</sup> STAGNARO, J.C. (2010), *Las locuras rasonantes* (1909). Paul Sérieux y Joseph Capgras. En *Alucinar y delirar. Tomo II*. Buenos Aires, Polemos.

<sup>xvi</sup> Cf. Álvarez, J. M., Colina, F. y Esteban, R.: A propósito de las locuras rasonantes. El delirio de interpretación (1909) de Paul Sérieux y Joseph Capgras. En *Frenia*, Vol. IX-2009, 135-140.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- ALVAREZ, J. M.; COLINA, F. y ESTEBAN, R. (2009): A propósito de las locuras rasonantes. El delirio de interpretación (1909) de Paul Sérieux y Joseph Capgras. En *Frenia*, Vol. IX-2009, 135-140.
- FERRATER MORA, J. (1994): *Diccionario de filosofía*. Barcelona, Ariel.
- SÉRIEUX, P., CAPGRAS, J. (2009). El delirio de interpretación de Jean-Jacques Rousseau. (1909). Traducción y notas de Ramón Esteban Arnáiz. En *Frenia*, Vol. IX-2009; 141-164.
- SERIEUX. P., CAPGRAS, J. (2010): Las locuras rasonantes (1909). En *Alucinar y delirar. Tomo II*. Buenos Aires, Polemos.
- SOLER, C. (2002): *Estudios sobre las psicosis*. Buenos aires, Manantial.
- STAGNARO, J. C. (2010): Las locuras rasonantes (1909). Paul Sérieux y Joseph Capgras. En *Alucinar y Delirar. Tomo II*. Buenos Aires, Polemos.
- STAROBINSKI, J (1976): Jean-Jacques Rousseau. En *Racionalismo, Empirismo, Ilustración. Historia de la Filosofía*. Vol. 6. México, Siglo XXI.